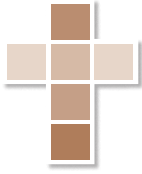




Más allá de las bancas

De feligreses a discípulos

Frank P. DeSiano, CSP



Frank P. DeSiano, CSP, es el presidente de los “Paulist Evangelization Ministries.”
(www.pemdc.org)

Copyright © 2019 por Paulist Evangelization Ministries, Washington, DC.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este trabajo puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso del propietario de los derechos de autor.

Texto bíblico: *Dios habla hoy* ®, Tercera edición © Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1970, 1979, 1983, 1994. *Dios habla hoy* ® es una marca registrada de Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada sólo bajo licencia.

ISBN: 978-1-7923-2151-1



Paulist Evangelization Ministries
PO Box 29121
Washington, DC 20017

www.pemdc.org

0925

Tabla de contenido

Prólogo	iii
----------------------	------------

Primera parte: Formación parroquial

Unidad 1 La parroquia misionera	2
<i>¿Cómo podemos concebir nuestras parroquias como comunidades de discípulos misioneros?</i>	
Unidad 2 La espiritualidad del discipulado misionero	11
<i>¿Cómo puede un enfoque más claro en el Espíritu Santo traer una mayor transformación de la vida católica?</i>	
Unidad 3 Formando discípulos misioneros	20
<i>La base para formar discípulos misioneros está justo debajo de nuestras narices en nuestra vida parroquial. ¿Cómo podemos usar mejor esta formación?</i>	
Unidad 4 Los fundamentos del discipulado	29
<i>¿Cuáles son las prácticas que ayudan a formar y mantener el discipulado?</i>	

Segunda parte: Más allá de las bancas

Unidad 5 Explorando los signos de los tiempos	38
<i>¿Cuáles son algunos de los contextos más amplios que afectan la evangelización y la vida de la iglesia hoy?</i>	
Unidad 6 El “qué” de la evangelización	47
<i>¿Cuál es nuestro mensaje para el mundo de hoy? ¿Cómo lo entendemos? ¿Cómo lo decimos?</i>	
Unidad 7 El “por qué” de la evangelización	55
<i>¿Por qué deberíamos llegar e invitar a otros? ¿Cuál es nuestra motivación?</i>	

continuada

Tabla de contenido continuada

Part Two: Beyond the Pews continuada

Unidad 8	El “cómo” de la evangelización: buscadores.....	63
	<i>¿Cómo podemos invitar a las personas que no tienen una tradición de fe, en particular a las personas que nunca se han bautizado, a pensar en nuestra fe católica?</i>	
Unidad 9	El “cómo” de la evangelización: católicos inactivos.....	72
	<i>Quizás la mayor ansiedad que sentimos es por las personas que conocemos y amamos que han dejado de practicar su fe. ¿Cómo podemos llegar a nuestros hermanos y hermanas católicos?</i>	
Unidad 10	Equipos de evangelización.....	80
	<i>Hay cosas que podemos hacer por nosotros mismos, pero juntos podemos hacer mucho más para ayudar a nuestra parroquia a llegar a otros. ¿Cómo desarrollamos equipos de evangelización en nuestras parroquias?</i>	
	Última Palabra	89
	Algunos Recursos	91

Prólogo

Más allá de las bancas. . .

Durante décadas, hemos oído hablar de los infames “Católicos de banca”, una forma de hacer referencia al aproximadamente veinticinco por ciento de los católicos que asisten regularmente a misa y apoyan a su parroquia. Pero, ¿qué hay más allá de las bancas?

¿Qué hay más allá de la fórmula del catolicismo que se desarrolló en el siglo veinte, ese catolicismo predecible que gira en torno a la obediencia y la devoción privada? “Qué hay más allá de las bancas” es exactamente donde debe estar la atención católica en nuestros tiempos. Es el mundo del diálogo con los demás, de encuentro, invitación, compromiso, acompañamiento y conversión potencial.

Por muchas décadas, nuestra Iglesia ha usado la palabra “evangelización”, aún una palabra que desalienta muchas personas debido a sus connotaciones de empuje y rectitud. Pero la evangelización católica siempre ha tenido como objetivo ser algo muy diferente de exigente y justo. Para los católicos, la evangelización significa recibir el Evangelio más profundamente en nuestras vidas y compartirlo con otros, según sea apropiado y discreto, cuando son capaces de escucharlo.

Esta idea de compartir la fe ha cobrado mayor impulso desde 1974, cuando la Iglesia celebró una gran reunión en Roma acerca del tema “Sobre la evangelización en el mundo moderno”. El impulso ha crecido porque la necesidad de compartir el Evangelio ha crecido a medida que las personas han adoptado nuevos comportamientos con respecto al culto regular y nuevos patrones de formación de sus identidades. Ahora vivimos en un mundo donde *tener opciones* es el presunto punto de partida en nuestras vidas.

Por lo tanto, es más difícil transmitir la fe a las generaciones futuras “automáticamente”, es decir, con la cultura de uno o la tradición familiar. Más bien, la fe debe ser elegida una y otra vez en diferentes momentos de la vida. Esto sucederá

sólo si la opción de la fe es colocada ante las personas por católicos que se ven a sí mismos como discípulos. Los que colocamos la fe en el centro de nuestras vidas les daremos a los demás mayores oportunidades de responder a la invitación del Espíritu Santo, para que también puedan colocar a Cristo en el centro de sus vidas.

Las bancas no existen en el vacío. Más bien, existen bancas en las iglesias parroquiales donde se celebra la misa, se proclama el Evangelio y las personas se sirven desinteresadamente unas a otras y al mundo. De esta manera, las bancas siempre han hablado sobre la evangelización y la misión, aunque implícitamente. Ver esto de manera más clara y explícita es crucial ahora más que nunca.

A medida que pasas por las diez unidades de este libro, te invito a que pienses en tu vida como creyente y en cómo te ha hablado esta vida sobre el discipulado y la misión.

Al final de cada unidad, encontrará un proceso para la reflexión y la conversación en grupo. Aquí está el resumen de cómo puede compartir con otros para que todos podamos ver más claramente cómo Dios nos está llamando más allá de la comodidad de nuestras bancas hoy.

Inicio: Da la bienvenida a cada participante y recen juntos la Oración para compartir la alegría:

Padre del amor infinito, nos has encontrado a través de Jesús, tu Hijo. Este encuentro ha transformado nuestras vidas a través del Espíritu Santo. Renueva en nosotros la alegría de conocerte y amarte. Que tu Hijo nos muestre el camino para vivir como discípulos. Ayúdanos a acompañarnos en nuestro viaje de fe, y acompañar a todos aquellos a quienes llamas al gozo de la amistad con Jesús. Déjanos experimentar tu amor de tal manera que irradiemos este amor a todos. Pedimos esto a través de Jesús en el Espíritu Santo. Amén.

Paso dos (10-15 minutos): Invita a cada participante a compartir brevemente:

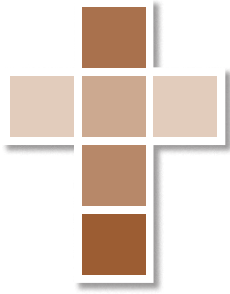
1. cualquier cosa significativa que haya sucedido en sus vidas desde la última vez que se reunieron
2. su reacción al material presentado en la unidad y cómo piensan que podría aplicarse a sus vidas y su parroquia

Paso tres (20 minutos): Haz que alguien lea el material “Considere esta situación” en el recuadro. Permite que cada participante comparta, y luego busca las reacciones de ellos sobre sus enfoques e ideas.

Paso cuatro (30 minutos): Pídele a alguien que lea lentamente el pasaje de las Escrituras, y luego invita a todos a pasar cinco minutos en contemplación silenciosa, concentrándose en una palabra o imagen del pasaje. Luego, usa las preguntas de discusión para abrir el intercambio entre el grupo.

Conclusión (5 minutos): invita a los participantes a presentar peticiones (como lo hacemos los domingos en la Oración de los Fieles), luego concluye rezando el Padre Nuestro.

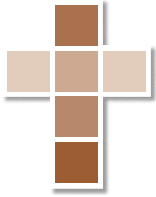
Disfruta de cualquier refrigerio que hayas planeado.



Parte uno

Formación parroquial

MUESTRA



¿Cómo podemos concebir nuestras parroquias como comunidades de discípulos misioneros?

Unidad 1 **La parroquia misionera**

Nuestras parroquias pueden llegar a ser tan familiares para nosotros como las salas de nuestro hogar. Las expectativas que tenemos crean un sentido de pertenencia que simplemente asumimos. Ahí está el sofá; ahí está el altar. Algo nos hace sentir como en casa.

Esta es una de las razones por las que el cambio es tan difícil para las parroquias. Es el espacio en el que la familia de la fe se ha reunido domingo tras domingo, para aquellas familias e individuos que aún deciden levantarse de la cama o priorizar sus horarios para asistir, de modo que celebrar la misa y recibir la Sagrada Comunión parecen algo perfectamente natural para todos. Es la previsibilidad de las vidas de los católicos comprometidos con nuestro culto, la misma parroquia, el mismo pastor, la misma música, el mismo púlpito y, para muchos, el mismo asiento domingo tras domingo, lo que dificulta el cambio.

Así que no estamos contentos cuando algo interrumpe este sentimiento de familiaridad. Una vez que nos acostumbramos a nuestra iglesia parroquial, nuestra inercia se activa; Esperamos lo mismo semana tras semana. Si alguien va a hacer algo diferente, esperamos explicaciones cuidadosas. “Es por eso que movimos esta estatua de un lugar a otro”. “Es por eso que nuestra música será un poco diferente en la Misa de las diez en punto”. O tal vez lo más perturbador, “Por eso tenemos que renovar nuestro santuario”.

Entonces, podríamos sorprendernos al escuchar lo mucho que el Papa Francisco quiere que cambien nuestras parroquias. En 2013, poco después de ser elegido papa, escribió una exhortación apostólica llamada “La alegría del Evangelio”. Utilizó ideas y recomendaciones que los obispos de todo el mundo habían discutido en 2012, seis meses antes de su elección. En una de las primeras secciones de esta exhortación apostólica, el Papa dice:

Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura

eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. (#27)

Entonces, por mucho que queramos que nuestras parroquias sean predecibles y familiares, el Papa Francisco tiene un deseo muy diferente. La “opción misionera” de la que habla significa que el enfoque de las parroquias no es mirar hacia adentro sino hacia afuera, no mirar, es decir, a las supuestas necesidades de aquellos que asisten a misa regularmente, sino a las necesidades a menudo descuidadas de aquellos que no se encuentran a gusto en sus parroquias. La lista del Papa es bastante extensa: los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial. Pero, una vez más, solo mire lo que sucede en una parroquia cuando decide cambiar la misa de once a once treinta! Los feligreses pisotean gruñidos, “¿Cómo se atreven a cambiar la hora? Ahora que arruina todo mi día. Voy a encontrar otra parroquia que me escuche”.

En esa misma sección, el Papa Francisco continúa diciendo esto:

La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. (#27)

La frase “conversión pastoral” debería hacer que nuestras cejas se alzaran. Aquí, el Papa habla de las prioridades y la agenda de una parroquia. Para la mayoría de los católicos, esa agenda se resume en celebrar los sacramentos y enseñar la religión a nuestros hijos. La mayor parte del dinero de nuestras contribuciones a la parroquia se destina a mantener la iglesia abierta y en funcionamiento y a proporcionar educación escolar o religiosa para nuestros hijos. Pero el Papa Francisco quiere que logremos algo más: hacer que nuestra vida parroquial ordinaria sea “más expansiva y abierta” en todos los niveles. Y para que nuestros trabajadores pastorales, nuestros sacerdotes, diáconos, ministros parroquiales y personal, se inspiren para “seguir adelante”. Como un padre Latino Americano dijo: “Benditos sean los pies, no el asiento.”

Claramente, el Santo Padre no piensa que si estamos celebrando la Eucaristía y ejecutando un buen programa de educación religiosa, estamos cumpliendo de lo que se trata una parroquia. Claramente, el Papa Francisco está pensando en la

gran cantidad de personas a quienes Cristo está llamando a la amistad pero que no han escuchado la invitación, y que no están escuchando la invitación debido a la forma normal en que estamos haciendo la parroquia. Obviamente, hay una agenda que las parroquias deberían emprender si van a estar “orientadas a la misión”, eso es, ser apasionadas por las personas que no están involucradas en la vida de la parroquia.

Debemos hacer una pausa y considerar lo que esto significa. Parte de estar familiarizado con la parroquia, apunta a la forma de “piloto automático” en la que hacemos las cosas: cuánto tiempo dura la misa, a quiénes vemos generalmente en la misa, quiénes charlan con quién después de la misa. ¿Podría ser que estas cosas impidan a las parroquias cumplir la responsabilidad misionera que tienen? ¿Podría ser que domesticar a las parroquias de acuerdo con nuestras expectativas en realidad les impida poner la oración, la atención y el esfuerzo que exige ser misioneros?

Nuestras parroquias no han comenzado a cumplir sus roles como comunidades misioneras. . . y nosotros, feligreses católicos, apenas comenzamos a pensar en nosotros mismos como misioneros, como embajadores a quienes Cristo usa para llamar a otros a entablar amistad con él. De hecho, desafortunadamente, la familiaridad de nuestras parroquias a menudo oculta de qué se trata la vida católica. . . Ser amigos de Jesús de tal manera que continuemos su misión en nuestro mundo.

Discípulos misioneros

Uno de los desafíos que el Santo Padre nos ha planteado a todos los católicos es salir de nuestras zonas de comodidad. . . ser “discípulos misioneros”. “La alegría del Evangelio” nos dice esto:

Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos “discípulos” y “misioneros”, sino que somos siempre “discípulos misioneros”. (#120)

Hay dos partes de este desafío para pensar en nosotros mismos como “discípulos misioneros”. Una parte nos llama a tomar en serio la experiencia que hemos tenido de Dios, Jesús y el Espíritu Santo: “de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva. . . .” Tenemos que preguntarnos si nos vemos como parte de este grupo. Así como nos familiarizamos con la participación de nuestra parroquia, también podemos familiarizarnos con nuestro lenguaje religioso. Muy a menudo usamos las palabras “Salvador” y “gracia”, pero rara vez permitimos que estos términos penetren nuestra experiencia personal y real.

Y, de otra parte de este desafío, si somos misioneros en la medida en que nos hemos “encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús”, entonces claramente debemos estar dispuestos a enfrentar y emplear ese amor en nuestras vidas católicas normales. Muchas cosas en nuestra historia católica nos han llevado a dar forma a nuestro pensamiento católico en torno a obligaciones, ceremonias o acciones que hacemos casi sin pensar. Ciertamente, la batalla de siglos que los católicos tuvieron con los protestantes nos llevó a confiar en memorizar partes del Catecismo y esforzarnos por demostrar que teníamos razón en una cosa u otra, pero esto no nos facilitó el vernos a sí mismos en las Escrituras. Cada uno de nosotros puede recordar uno u otro momento poderoso en nuestra experiencia pasada como creyentes, pero pocos de nosotros pensamos en la totalidad de nuestras vidas católicas como un encuentro en el amor con un Dios cuya pasión es amarnos y salvarnos.

Por lo tanto, parte de convertirse en una parroquia misionera no sólo será reorganizar las prioridades de nuestras actividades parroquiales para orientarlas más hacia los demás, sino también redescubrir lo que ha estado sucediendo en nuestras vidas personales y espirituales, lo que Dios sigue haciendo en nuestras vidas. detrás de las acciones y los sentimientos que asociamos con “ser católicos”. Esto significa tener la confianza suficiente para comenzar a excavar lo relacional, sentirse parte de lo que significa ser católico: ser creyente en una relación de amor con Dios.

Esto es lo que nos puede hacer conscientemente misioneros. En la medida en que nos demos cuenta del amor fundamental detrás de cada momento de nuestras vidas católicas, sentiremos un incentivo para dejar que ese amor motive nuestras vidas diarias. . . y que nos motive a ayudar a otros a experimentar ese amor también. Nuestra experiencia del amor de Dios en Jesús a través del Espíritu

Santo, en las múltiples formas y matices que ocurren en nuestra vida cotidiana, es la fuente que puede extenderse a los demás. Rebosante del amor de Dios, ese amor puede fluir más obviamente a las vidas de los demás.

Algunos de nosotros hemos sentido esto poderosamente cuando estábamos, por ejemplo, en retiro. Algunos de nosotros hemos sentido esto cuando celebramos un sacramento, tal vez viendo a nuestros hijos recibir su primera comunión. Algunos de nosotros hemos sentido esto en momentos de fuerte oración personal, como cuando nos sentimos desesperados y encontramos consuelo sentados en la parte de atrás de una iglesia a última hora de la tarde. Sin embargo, el objetivo es hacer de esta percepción del amor de Dios una parte ordinaria de nuestra vida católica: cada día, cada misa, cada oración, cada obra de caridad que hacemos.

No es como si el amor no estuviera allí y tuviéramos que encontrarlo. Más bien, el amor de Dios está abrumadoramente presente todo el tiempo. Principalmente tenemos que dejar que se muestre. . . no por nuestro propio bien, sino por el creciente número de personas que no tienen una relación explícita con Dios y quienes no celebran regularmente esta relación a través de la oración y la adoración regulares.

Ser una parroquia misionera, ser una comunidad de discípulos misioneros. . . esa es la invitación, y el desafío, que se nos presenta a los católicos de hoy.



Conversación

Oración para compartir La alegría (juntos):

Padre del amor infinito, nos has encontrado a través de Jesús, tu Hijo. Este encuentro ha transformado nuestras vidas a través del Espíritu Santo. Renueva en nosotros la alegría de conocerte y amarte. Que tu Hijo nos muestre el camino para vivir como discípulos. Ayúdanos a acompañarnos en nuestro viaje de fe, y acompañar a todos aquellos a quienes llamas al gozo de la amistad con Jesús. Déjanos experimentar tu amor de tal manera que irradiemos este amor a todos. Pedimos esto a través de Jesús en el Espíritu Santo. Amén.

Compartir:

1. ¿Qué es algo significativo que haya sucedido en tu vida en la última semana?
2. ¿Cuál es tu reacción al material en la Unidad 1? ¿Cómo crees que podría aplicarse a tu vida y tu parroquia?

Considera esta situación:

Un nuevo pastor ha sido designado para la parroquia de St. Margaret. Esta es su primera vez como pastor porque ha estado enseñando Nuevo Testamento en el seminario durante los últimos quince años. Después de su toma de posesión, reúne el consejo pastoral y comienza a explorar las orientaciones pastorales con ellos. Están preocupados por la creciente escasez de ingresos en los últimos tres años, ahora más de \$30,000 al año. Les pide que piensen en la parroquia que pueden imaginar diez años en el futuro. ¿Qué tipo de parroquia les gustaría ver? Expresan los ideales de una parroquia sólida, una escuela exitosa y muchos ministerios ofrecidos por el personal y los voluntarios de la parroquia. Luego les pide que consideren el papel que pueden desempeñar las Escrituras en sus planes: cómo puede motivar, reunir y capacitar a las personas para que sirvan como ministros en la parroquia y más allá. Algunos miembros del consejo pastoral se muestran escépticos. “Nunca hemos tenido mucho éxito con la educación de adultos”, dicen. Pero su nuevo pastor dice que solo formando pequeños grupos y compartiendo las Escrituras juntos pueden llegar a nuevos comportamientos y que solo así los feligreses pueden verse a sí mismos como discípulos.

Discute en grupo:

¿Cómo podría crecer esta parroquia al poner las Escrituras en el centro de su formación?

¿Cuáles podrían ser los obstáculos? ¿Cómo podrían superarse estos obstáculos?

¿Qué pasos podrías tomar para hacer avanzar la agenda del nuevo pastor?

¿Cuáles crees que podrían ser los resultados?

Sagrada Escritura:

Después de escuchar el pasaje en voz alta, pasa un tiempo contemplando una palabra o imagen en el pasaje.

Lucas 4: 16-21

Jesús fue a Nazaret, el pueblo donde se había criado. El sábado entró en la sinagoga, como era su costumbre, y se puso de pie para leer las Escrituras. Le dieron a leer el libro del profeta Isaías, y al abrirlo encontró el lugar donde estaba escrito:

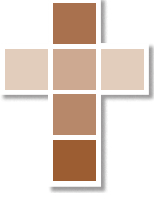
“El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha consagrado
para llevar la buena noticia a los pobres;
me ha enviado a anunciar libertad a los presos
y dar vista a los ciegos;
a poner en libertad a los oprimidos;
a anunciar el año favorable del Señor.”

Luego Jesús cerró el libro, lo dio al ayudante de la sinagoga y se sentó. Todos los que estaban allí tenían la vista fija en él. Él comenzó a hablar, diciendo:

—Hoy mismo se ha cumplido la Escritura que ustedes acaban de oír.

Preguntas para la reflexión y discusión:

1. Imagina a Jesús visitando tu parroquia y entrando al púlpito para leer este pasaje de Isaías. ¿Qué crees que tus feligreses harían del pasaje de Isaías? ¿Qué crees que dirían que el pasaje significa para ellos como una comunidad parroquial?



¿Cómo puede un enfoque más claro en el Espíritu Santo traer una mayor transformación de la vida católica?

Unidad 2 **La espiritualidad del discipulado misionero**

Una mujer estaba hablando con un sacerdote sobre los cambios desde el Concilio Vaticano II. El sacerdote le preguntó qué era lo que más destacaba en su observación. Ella respondió: “¡Me parece que el Espíritu Santo está haciendo mucho más de lo que antes solía hacer!”

Para muchos católicos, el Espíritu Santo es “fantasmal” en el sentido de ser muy “misterioso”. Podemos imaginar a Dios en cierta medida y, en un grado mucho mayor, a Jesús; tenemos siglos de arte que nos dan imágenes de un hombre de ojos grandes y rostro delgado, con cabello largo y ojos seductores. Pero el Espíritu Santo todavía elude nuestra imaginación.

Esto será cierto mientras tratemos de pensar nuestra fe en términos de cosas; las imágenes de una paloma o fuego son lo más cercano a nuestras ideas del Espíritu Santo. Pero si pensamos en términos de energía, de fuerza, de acción, entonces sería mucho más fácil para nosotros llegar a las ideas sobre el Espíritu. Podemos ver el coche, pero ¿qué hay del coche en movimiento? Podemos tocar una pelota de fútbol, pero ¿qué pasa con el mariscal de campo que lanza una pelota de fútbol para una captura de cuarenta yardas? Podemos tratar de mirar el sol, pero ¿identificamos los múltiples efectos de los rayos del sol en nuestra tierra, desde el amanecer hasta los campos en crecimiento y los días calurosos del verano?

Tal vez, entonces, necesitamos observar la acción del Espíritu Santo en nuestras vidas para comenzar a ver quién es el Espíritu.

Muchos de nosotros recordamos la historia de Pentecostés en el segundo capítulo del Libro de los Hechos, cómo los tímidos apóstoles que se escondían en el temor se llenaron del Espíritu de tal manera que emprendieron la misión de Jesús; luego los vemos viajando ampliamente, formando iglesias y predicando

la Palabra de Dios, hasta el punto de morir por su fe. Pasaron de ser personas intimidadas por el miedo a ser orgullosos predicadores de la vida y la salvación de Jesús. ¿Cuál fue la diferencia? ¡El Espíritu Santo!

Estamos intimidados también

Con demasiada frecuencia nos sentimos como se sentían los discípulos antes de Pentecostés. Hemos escuchado acerca de cómo debemos compartir nuestra fe, pero nada concreto nos viene a la mente cuando tratamos de imaginar lo que esto podría significar. “No voy a pararme en las esquinas y predicar”, pensamos instintivamente, como si esta fuera la única forma de compartir nuestra fe.

La verdad es que cada persona bautizada ha recibido el Espíritu Santo, y el sacramento de la Confirmación sella las actividades del Espíritu en nuestras vidas como discípulos. Seguimos pensando que tenemos que hacer algo para probar que el Espíritu Santo está presente, mientras que el Espíritu Santo constantemente muestra poder a través de nuestra vida de fe. Sin el Espíritu Santo, no podríamos hacer nada: creer, orar, servir, y mucho menos compartir nuestra fe.

El Papa Francisco dijo esto en “La alegría del evangelio”:

¡Cómo quisiera encontrar las palabras para alentar una etapa evangelizadora más fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa! Pero sé que ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu. En definitiva, una evangelización con espíritu es una evangelización con Espíritu Santo, ya que Él es el alma de la Iglesia evangelizadora. Antes de proponeros algunas motivaciones y sugerencias espirituales, invoco una vez más al Espíritu Santo; le ruego que venga a renovar, a sacudir, a impulsar a la Iglesia en una audaz salida fuera de sí para evangelizar a todos los pueblos. (#261)

En otras palabras, nuestra espiritualidad básica como católicos y seguidores de Jesús es aceptar que el Espíritu Santo trabaje en nuestras vidas, guiándonos y formándonos a través de los dones que el mismo Espíritu nos otorga. El Papa Francisco señala algunos de los efectos de los dones del Espíritu en la evangelización: “fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa”, y cada uno de nosotros, en un momento u otro, hemos experimentado estos efectos. Nuestra tarea católica no es forzarnos a comportarnos para satisfacer alguna noción que podamos tener de cómo deberían ser las acciones

del Espíritu. Más bien, al prestar atención a los múltiples y sutiles signos del Espíritu en nuestras vidas, permitimos que el Espíritu nos mueva hacia adelante del mismo modo que el agua hace que una rama fluya por el arroyo.

En lugar de sentirnos intimidados por la tarea que tenemos delante, vivir y compartir nuestra fe más plenamente, podemos sentirnos consolados por la presencia del Espíritu, que genera el poder de abrir nuestros corazones y dirigirlos en nuevas direcciones a medida que experimentamos nuestras vidas desde el punto de vista de la fe. El Espíritu Santo es el “agente principal de la evangelización”, dijo el Papa Pablo VI en “Sobre la evangelización en el mundo moderno”. Del mismo modo, el Espíritu Santo es el agente principal en nuestras vidas individuales.

Colmados de dones

Si bien los dones del Espíritu son innumerables y variados, los cristianos hemos pensado en las virtudes como los dones clave del Espíritu, particularmente en las “virtudes teológicas” de la fe, la esperanza y el amor. Primero, debemos pensar en estas virtudes como poderes que el Espíritu otorga a aquellos que abren sus corazones con fe. Las virtudes son lo que hacemos; para ser más precisos, las virtudes son lo que hacemos debido al poder del Espíritu de Dios en nuestras vidas. Segundo, estas virtudes se llaman “teológicas” porque apuntan hacia Dios—es decir, creemos en Dios, esperamos en Dios y amamos a Dios—y tienen a Dios como su origen y fuente. Tenemos fe, esperanza y amor debido a la morada del Espíritu en nosotros, transformando nuestras mentes, imaginación y deseos de responder al Evangelio.

Si tomamos sólo un momento, podemos reconocer estos dones activos en nuestras vidas, desde la forma en que hemos llegado a ver y amar a Dios, a la oración que tenemos en momentos de alegría y estrés, al consuelo y apoyo que brindamos a los demás en su necesidad. Nuestras vidas están saturadas con los dones que Dios vierte en ellos a través del Espíritu Santo. De hecho, una acción espiritual que podríamos hacer parte regular de nuestras vidas sería pasar cinco minutos cada día reconociendo cómo el Espíritu nos ha tocado, guiado y apoyado en nuestras vidas reales.

Dotados de estos poderes divinos, podemos ver fácilmente cómo el Espíritu nos dispone y nos capacita para vivir y compartir nuestra fe.

La fe, en primer lugar, nos lleva a una relación personal con Dios, de modo que experimentamos el amor y la seguridad de Dios en Jesús y sentimos la presencia de Dios en el Espíritu Santo. Esta experiencia del amor de Dios es la fuente que no sólo sustenta nuestras vidas, sino que también brilla sobre quienes nos rodean, nuestras familias, por supuesto, pero también más allá de nuestras familias. Es la fe, y la devoción a la oración que nos brinda la fe, lo que nuestros vecinos y amigos pueden ver como una parte perfecta de nuestras vidas. Es en la fe que podemos hablar con otros sobre lo que la fe ha hecho en nuestras vidas. Y es por la fe que podemos invitar con tacto a otros, cuando sea el momento adecuado, mientras buscan un propósito en sus propias vidas.

Como la fe nos relaciona fundamentalmente con Dios y nos brinda, a cambio, la seguridad de la relación de Dios con nosotros, la fe hace de Dios la visión a través de la cual venimos y regocijamos por todas las cosas. Los creyentes ven el mundo de manera diferente a los demás, no de manera material, sino de la manera más importante, en la forma en que interpretamos el significado del mundo. Detrás de todo, cada molécula y cada momento, los creyentes ven a un Dios de amor absoluto e incondicional. Este tipo de visión aporta una dimensión totalmente diferente a nuestra visión de la existencia, del mundo, de los demás y de nosotros mismos.

La esperanza genera confianza porque vemos una imagen de hacia dónde nos está guiando Dios. Dios nos invita al Reino, que es el logro de la plenitud de la vida y el amor. Cada célula de nuestro cuerpo afirma el impulso creciente de la vida y de las experiencias de amor más profundas y auténticas. La esperanza nos da la posibilidad de compartir con otros desde el punto de vista de sus mejores sueños. ¿Qué desean ellos para sí mismos? ¿Para los que aman? ¿Para la raza humana? ¿Cómo estos sueños los motivan a vivir y actuar por los demás? ¿Cuánto más completos serían sus sueños si la visión del Reino los informara? La esperanza agudiza nuestra propia experiencia del Reino de Dios, y las posibilidades del Reino en las vidas reales que vivimos. Servir y edificar el Reino nos da una actitud hacia los demás que puede llevarlos más a la visión de Dios.

Cuando la fe nos abre el fundamento del mundo en el amor total de Dios, la esperanza nos permite ver que todo se mueve en una dirección. La esperanza nos muestra que el mundo y nuestras vidas no son estáticos, ni ciclos interminables de la misma cosa. La esperanza nos muestra, en cambio, que toda la existencia humana avanza, atraída por el amor eterno de Dios y moldeada por el Espíritu

del amor divino. La visión que nos da la esperanza nos permite imaginar el sueño que se encuentra más profundo en nuestros corazones, de que estamos progresando hacia una comunidad de relaciones en la que todos estamos llenos por el amor de Dios.

Finalmente, **el amor** es ese poder por el cual venimos a vivir para Dios y para los demás. Se muestra a sí mismo en compasión, a medida que nos extendemos a las vidas de los demás y nos abrimos a sus limitaciones y dolores. Se muestra a sí mismo en la generosidad que extendemos a los demás porque la abundancia de amor se derrama más allá de nosotros en las vidas de los demás. El amor nos ayuda a regocijarnos con las alegrías de los demás, buscando edificarlos y enriquecer sus vidas. El amor nos muestra que las vidas de los demás se enriquecen completamente cuando experimentan el amor de Dios y aceptan esa experiencia como la base de sus vidas. El amor se da a sí mismo porque ha recibido sin límite de parte de Dios. El amor nos atrae a niveles de caridad y cuidado que alguna vez pudimos haber considerado imposibles.

El amor, el mismo ser de Dios (“Dios es amor”, 1 Juan 4: 8), nos coloca en el contexto de la vida de Dios, ahora derramada para nosotros en el Espíritu de Jesús. Vivimos en Dios, moramos en Dios (ver Juan 15: 4). Y porque hacemos esto juntos, el amor de Dios viene a energizar todas nuestras vidas y conexiones. Dios se convierte en el entorno en el que vivimos. Tal estar en Dios se manifiesta en la forma en que podemos irradiar el amor de Dios a través de nuestro amor. Nosotros irradiamos este amor de manera tal que otros pueden verlo y ser tocados por él también.

La fe, la esperanza y el amor son los poderes que Dios nos da a través del Espíritu Santo para guiarnos no sólo a la vida de Dios sino también a las de los demás, ofreciéndoles las riquezas que nosotros mismos hemos recibido.

A veces es difícil ver estas virtudes presentes en nuestras vidas. A menudo, por ejemplo, las noticias locales presentan personas que parecen inesperadamente heroicas. Nos preguntamos, ¿cómo corrieron hacia un incendio? ¿O cómo sacaron a alguien de un auto? ¿O cómo tiene la compostura de llamar a la policía cuando son amenazados? Disfrutamos de estas historias y las encontramos como incentivos para nuestras propias vidas.

Vemos el drama en estas escenas, pero ¿qué pasa con nuestras propias vidas de fe? El mayor acto de heroísmo fue la muerte de Jesucristo, y el mayor fruto de

su resurrección fue el don del Espíritu Santo. En este regalo, no sólo tenemos el incentivo de Dios para nuestra acción, sino que también tenemos el poder de Dios derramado en nuestras vidas, trayendo coraje, generosidad y compartiendo la vanguardia de nuestras vidas.



Conversación

Oración para compartir la alegría (juntos):

Padre del amor infinito, nos has encontrado a través de Jesús, tu Hijo. Este encuentro ha transformado nuestras vidas a través del Espíritu Santo. Renueva en nosotros la alegría de conocerte y amarte. Que tu Hijo nos muestre el camino para vivir como discípulos. Ayúdanos a acompañarnos en nuestro viaje de fe, y acompañar a todos aquellos a quienes llamas al gozo de la amistad con Jesús. Déjanos experimentar tu amor de tal manera que irradiemos este amor a todos. Pedimos esto a través de Jesús en el Espíritu Santo. Amén.

Compartir:

- 1.** ¿Qué es algo significativo que haya sucedido en tu vida en la última semana?
- 2.** ¿Cuál es tu reacción al material en la Unidad 2? ¿Cómo crees que podría aplicarse a tu vida y tu parroquia? ¿Cuál es tu experiencia del Espíritu Santo?

Considera esta situación:

Un grupo de feligreses de la parroquia de San José se ha reunido un sábado cada mes. Es cuando se ofrecen voluntarios para limpiar el edificio de la iglesia, pulir las bancas y organizar las cosas en la sacristía, incluidas todas las túnicas que usan los servidores del altar. Luego se sientan juntos con una taza de café y hablan sobre cómo van las cosas. Estaban llenos de alegría cuando un nueva

voluntaria se les unió. Tenían curiosidad por ella desde que se unió a la Iglesia católica hace algunas pascuas. Se aseguraron de incluirla en las diversas tareas y se esforzaron por agradecerle por unirse a ellos. Un sábado, durante el café, hablaron sobre lo difícil que era hacer que los voluntarios participaran en varias cosas, incluida la limpieza mensual de la iglesia. Esta nueva voluntaria no contribuyó mucho a la conversación hasta que ella dijo, como de la nada, “El problema es que los católicos aún no conocen al Espíritu Santo. Saben las reglas y las rutinas, pero no han abierto su corazón al Espíritu”. Los demás miraron hacia otro lado, como para ignorar lo que se decía. Después de todo, no sabían muy bien qué decir.

Discute en grupo:

¿Qué piensas de la observación de la recién llegada al grupo de voluntarios? ¿Cómo la escuchaste y la interpretaste?

¿Qué habrías dicho en respuesta si hubieras estado en esta situación?

Como grupo, traten de enumerar las formas en que sienten que su parroquia y feligreses están abiertos al Espíritu Santo. ¿Cómo lo muestran?

¿Qué cambio crees que la oración regular al Espíritu Santo podría producir en la vida de los católicos?

Sagrada Escritura:

Después de escuchar el pasaje en voz alta, pasa un tiempo contemplando una palabra o imagen en el pasaje.

Gálatas 3: 1-5

¡Gálatas, duros para entender! ¿Quién los embrujó? En nuestra predicación hemos mostrado ante sus propios ojos a Jesucristo crucificado. Sólo quiero que me contesten a esta pregunta: ¿Recibieron ustedes el Espíritu de Dios por el cumplimiento de la

ley o por aceptar el mensaje de la fe? ¿Son tan duros para entender, que habiendo comenzado con el Espíritu quieren ahora terminar con algo puramente humano? ¿Tantas buenas experiencias para nada?... ¡Imposible que hayan sido para nada! Cuando Dios les da su Espíritu y hace milagros entre ustedes, ¿por qué lo hace? No en virtud del cumplimiento de la ley, sino por aceptar el mensaje de la fe.

Preguntas para la reflexión y discusión:

- 1.** Pablo parece muy acalorado en este intercambio, incluso llamando “estúpidos” a los Gálatas. ¿Qué punto no entendían los gálatas en el mensaje de Pablo? ¿Qué crees que diría Pablo a la mayoría de las parroquias católicas de hoy?
- 2.** ¿Qué experiencias en tu propia vida identificas con el poder del Espíritu Santo? ¿Cómo piensas más fácilmente que el Espíritu trabaja en tu vida?
- 3.** Piensa en tu vida diaria en términos de fe, esperanza y amor. ¿Puedes dar algunos ejemplos de cómo los ves activos en tu vida?

Peticiones y el Padre Nuestro

Disfruta de cualquier refrigerio que hayas planeado.



Notas:
